BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Profesor de Sagrada Escritura

EL GRAN VIAJE
¿Dónde terminará?
¿EXISTE EL INFIERNO?

Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-352-5
Depósito legal: M. 45.748-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

POR VIA DE PROLOGO

A instancias de mi amigo D. Andrés Codesal, Director del Apostolado Mariano de Sevilla, que me ha escrito diciendo que se ha encontrado con algunos que niegan la existencia del infierno y con otros, más o menos incrédulos, que lo ponen en duda, y que le gustaría que le hiciese un pequeño libro sobre este tema, poniendo en claro qué hemos de decir de él, me decido a complacerle, y en vez de presentarlo con el título a secas de "¿Existe el infierno?", *prefiero encabezarlo con el siguiente:* EL GRAN VIAJE..., *y por subtítulo:* ¿Existe el infierno?, *por presentar más encauzada esta doctrina escatológica.*

En otro libro que he escrito: "VAMOS DE CAMINO" hablo ya de los "novísimos", pero apenas del infierno; mas en éste he procurado exponer como tema central lo más esencial del diablo.

Mi deseo, amigo lector, es que leas despacio el contenido de este libro y te decidas a vivir como católico práctico y así no sigas los caminos que conducen al infierno.

Benjamín MARTIN SANCHEZ
Zamora, Diciembre 1983

EL GRAN VIAJE

Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra

Muchos partieron ya de este mundo, y son millones y millones de hombres de todas las clases: Papas, obispos, reyes, príncipes, sabios, plebeyos... ¿dónde están ahora? Partieron ciertamente de este mundo, y como dijo Horacio: "El río de la muerte se atraviesa de una manera definitiva". Se va; no se vuelve...

"Todos nos vamos muriendo (todos somos mortales) y desaparecemos de encima de la tierra, a semejanza de las aguas que, cayendo sobre ella, no vuelven jamás a aparecer" (2 Sam.14,14). ¿Por qué la muerte fue para nuestros queridos difuntos y será para nosotros mismos, antes de lo que creemos, el gran viaje?

La muerte es una partida. Al católico que se le administra la Unción de los Enfermos, le dice el sacerdote: *"Sal, alma cristiana, de este mundo"*. Nosotros recibimos, como Abraham, aunque con una fuerza más enérgica aún, la orden divina: *"Egrédere... Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre..."* (Gén. 12,1). Parte, vete, te digo. Es, pues, la muerte un viaje.

"En nuestros cambios de acá abajo dejamos la casa, la patria; decimos "hasta la vista" a los padres, a los amigos, a los fieles. Pero después de todo, no

hacemos más que *cambiar de sitio, de relaciones. En la muerte diremos adiós a la tierra y a todos los habitantes de la tierra. Saldremos entonces, no solamente de tal morada (lo que a veces es ya bien duro), sino del mundo. Alma cristiana, sal de este mundo"* (G. Hoornaert).

Cuando se muere, es para largo... Así que todos... dejan todo.... y para siempre. Hay que dejar todo: riquezas, fincas, familiares... y a veces de repente, y cuando menos lo pensamos, unos en un accidente de avión, de coche o por asesinato de un terrorista...¡Cuando menos lo pensemos! Hay que estar preparados, como nos dice Jesucristo (Lc. 12,20).

¿Qué podremos llevar con nosotros? Cuando va uno de viaje se tiene cuidado de preparar el pasaporte exigido, el viático, las maletas... También nosotros en la partida definitiva. El viaje de un cristiano es de la tierra al cielo. Nuestro compañero en el camino debe ser Cristo -El Viático, y el pasaporte exigido: el de una buena conciencia, libre de todo pecado. Sin eso "prohibido el paso". Absolutamente, si es el pecado mortal; por el momento, si es venial. Con nosotros han de ir las buenas obras...

¿Cuál es el término de nuestro viaje?

¿A dónde vamos? Si somos "viajeros peregri-

nos" en este mundo, justo es que nos hagamos esta pregunta. Lo que está claro es que la vida pasa y que desde que nacemos a la muerte caminamos, o como dice el poeta: "Nuestra vida son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir...". La muerte es la estación de todos los trenes. *"Y después de esto el juicio"* (Heb. 9,27). Esto es lo que nos dice la razón y la fe.

Nuestro destino puede ser triple: Cielo, Purgatorio o Infierno. La Iglesia, en el Concilio de Florencia, supone la verdad del juicio particular al defender como de fe católica que "después de la muerte de cada hombre su alma es recibida al momento, o en el cielo, o en el Purgatorio o en el infierno, según la disposición de cada uno".

Si viviéramos vida de fé y fuéramos católicos prácticos debiéramos tener muy presente lo que nos dice la revelación divina, que *"no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna"* (Heb. 13,14), y conforme al Prefacio de la Misa de Difuntos, "una morada eterna nos está preparada en el cielo". Aquí caminamos con la fe, aquí la tentación y las pruebas... y en el cielo la gran recompensa que *ni el ojo ha visto, ni el corazón ha podido soñar;* mas ¡qué pocos piensan en ese más allá de dichas inenarrables!

San Pablo nos dice que *"todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba*

cada uno, según lo que hubiera hecho bueno o malo mientras exista en este mundo"(2 Cor.5,10). Notemos que dice "todos" cada hombre, sin excepción (los que se mofan, los que dudan, los que no creen; los justos, los malos, etc.). "Es forzoso" que todos comparezcamos, tanto si queremos como si no queremos. De este juicio inapelable y justo, no puede escaparse el hombre, como no puede esquivar tampoco la muerte: *"Tu eres, Señor, el dueño de la vida y de la muerte... El huir de tu mano es cosa imposible"* (Sab. 16,13 y 15). *"Cada uno ha de dar cuenta a Dios de sí mismo"* (Rom. 15,12)

Hay que morir... hay que dar cuenta a Dios... ¿y después? ¿cuál será mi término o destino definitivo? ¿El cielo o el infierno? ¡Cómo se olvidan estas verdades! No seamos viajeros irreflexivos. Caminamos a una eternidad que ha de ser feliz o desdichada, ¡para siempre! Estamos al borde de un precipicio eterno. Dice Pascal: "Los hombres, tan cerca siempre de la muerte, se ingenian por todos los medios para apartar de ella los ojos. Se parecen a un insensato, que puesto al borde del abismo, se pusiera una venda ante los ojos, y no viendo ya la sima, se tranquilizara así, a bien poca costa. Los hombres no habiendo podido curar la muerte, han acordado no pensar en ella".

Mas ¿quién no ve que no hay nada más cierto que la muerte? ¿Por qué no pensar seriamente en

estos temas trascendentales? Digamos ahora, ¿existe o no existe el infierno? ¿Es tan cierta su existencia como lo es la de la muerte? Veámoslo.

¿Por qué hablar del infierno?

Hemos de hablar del infierno, primeramente porque Dios, que tanto nos ama, nos habla de él, y no quiere que en él nos precipitemos; sin embargo, el demonio, porque nos odia, procurará hacérnoslo olvidar.

Hoy no falta quienes vivan como si de hecho no existiera el infierno, y no son partidarios que se hable de él. Esto se comprende perfectamente, dada su manera de vivir. Los saduceos y materialistas antiguos, así como los racionalistas y modernistas de nuestros días, niegan el infierno; pero es porque quisieran que no existiera por temor a ser castigados por sus crimenes, y esto es lo que sucede a todos los que obran el mal. Por el contrario, cuantos viven bien y conforme a la ley de Dios, lo admiten sin reparo alguno, porque Dios es justo.

Además hemos de hablar del infierno, porque a él van los que mueren en pecado mortal, y ¿acaso no es fácil que cada uno de nosotros pudiéramos cometerlo y por tanto si nos sorprende la muerte en tal estado de pecado grave, caer en el infierno? De aquí que el pensamiento del infierno sea saludable y un

gran remedio contra el pecado, y nos hará ver a su vez ¡cuán grave mal encerrará un pecado mortal cuando Dios lo castiga con un suplicio eterno!.

Se refiere de un buen pintor, pero de mala vida, que fue llamado por una comunidad para pintar cuatro estandartes que representasen uno la *Muerte,* el otro el *Juicio,* el tercero el *Infierno,* el cuarto el *Paraíso;* es decir, los cuatro Novísimos.

El artista, pensando en la ganancia y en el honor, puso toda su maestría en estos trabajos, que habían de ser expuestos al público. Pero encontró una fortuna mayor que el lucro y el honor. Ved de que modo: Cuando hubo pintado el *Infierno* con los colores más tétricos y las figuras de los condenados y de los demonios en la actitud más espantosa, él mismo se horrorizó viendo su pintura. Y comenzó a pensar: "Si sigo con mi mala vida, seguramente iré al infierno: ¡los muchos pecados me lo han merecido!". Este pensamiento le conmovió, le hizo llorar amargamente y le indujo a cambiar de vida. Ved la ganancia que consiguió.

¡Oh, si yo pudiese pintaros, amigos lectores, el infierno de modo que concibiérais un espanto saludable, a fin de que pudiérais escapar de aquel terrible lugar de tormentos! Lo voy a intentar, pero no con palabras mías, sino con las mismas que Jesucristo y las que tenemos en los Libros Santos que han sido escritos para nuestra enseñanza.

Los santos siempre pensaban en el infierno; por eso se mantenían en el divino servicio, alejados de todo pecado. Practicaban el aviso del Espíritu Santo: "*En todas tus obras ten presente los Novísimos y no pecarás jamás*" (Eclo. 7,40). También hemos de hacerlo así nosotros imitando a San Agustín y a San Bernardo, que decían: "Descendamos (con el pensamiento) al infierno en vida para que no descendamos a él realmente después de la muerte".

¿Existe el infierno?

No podemos ponerlo en duda. No es una fábula, sino una tremenda realidad. Es un dogma de fe, una verdad revelada más de veinte veces en las Sagradas Escrituras: en el Antiguo Testamento y con mayor claridad en el Nuevo.

La fe nos dice que "las almas de los que mueren en estado de pecado mortal van al infierno". El infierno es, pues, un lugar y estado de eterna desdicha en que se hallan las almas de los réprobos.

A los ignorantes que dicen: Nadie ha venido del otro mundo a enseñarnos que existe el infierno, les diremos que se equivocan, porque vino el mismo Jesucristo, el Dios hecho hombre que nos habla claramente de él en su Evangelio, pues dirá a los

impíos: *"Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno... y estos irán al suplicio eterno"* (Mt.25,41 y 46).

Jesucristo llama al infierno "gehenna". *Gehenna,* palabra aramea, se refiere al valle del Hinnon, situado al sur de Jerusalén, donde en otro tiempo se sacrificaban los niños a Moloc (Jer. 7,31) y más tarde fue vertedero de desechos de la ciudad, y el fuego que allí ardía y los gusanos de la basura, vinieron a ser símbolos de los tormentos eternos.

Jesucristo amenaza con el castigo del infierno,y lo llama así: *gehenna de fuego* (Mt. 5,22; 18,9); *gehenna donde el gusano no muere ni el fuego se extingue* (Mc. 9,46-47); *fuego eterno* (Mt.25,41); *fuego inextingible* (Mt.3,12; Mc. 9,42); *horno de fuego* (Mt. 13,42 y 50); *suplicio eterno* (Mt.25, 46)... Allí hay *tinieblas* (Mt. 8,12; 22,13;25,30), *aullidos y rechinar de dientes* (Mt. 13,42 y 50; 24,51; Lc. 13,28)...

Interesa recordemos aquí la escena gráfica del rico Epulón, propuesta por Jesús a los fariseos: "Era un hombre rico, que vestía púrpura y lino, y celebraba cada día espléndidos banquetes. También había un hombre pobre, que se llamaba Lázaro. Gustosamente se hubiera satisfecho de las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba.

Murió el pobre y fue llevado al seno de Abraham por los ángeles. Después murió el rico, que fue sepultado en el infierno. Entonces el rico levantó la

vista y exclamó: "Padre Abraham envía a Lázaro para que con la punta del dedo mojada en agua, refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas". Pero no fue oído. Volvió a suplicar: "Al menos, envíales a mi casa a advertir a mis parientes, para que no vengan a caer también ellos en este *lugar de tormentos"*.

Abraham le dijo: Ya saben Moisés y los profetas lo que es el infierno: "oiganles a ellos" (Lc.16,19-31). Hoy podemos decir a todos: Ahí tenéis los avisos del Papa, de los obispos, de vuestros sacerdotes, que os hablan en mi nombre, y si a estos no hacéis caso, es inútil que resucite un muerto para avisaros que hay infierno y que a él podéis ir, pues no haréis caso.

Los que se condenan, ellos mismos son culpables de su perdición.

Veamos las objeciones que se ponen contra el infierno:

1ª La de la secta de los "testigos de Jehová", que *niegan la existencia del infierno y que éste sea eterno,* y dicen que los impíos y el diablo serán aniquilados.

Respondemos: Estas son afirmaciones gratuitas en contra de la misma Biblia. Lean Apocalipsis 20,10 y verán que allí se lee: *"y el diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego... y serán atormentados día y noche por los siglos de*

los siglos". ¿Quién no ve que el infierno existe y que éste es eterno, si dice que "por los siglos de los siglos serán atormentados?". Esto significan las expresiones de Cristo: *"fuego eterno, suplicio eterno y fuego inextinguible"*.

2ª No puede ser eterno el infierno, porque *no se comprende la naturaleza de un fuego eterno. Respondemos:* No lo entenderemos dicen San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio Magno y luego Santo Tomás, pero es un fuego real, instrumento de la justicia divina, que atormenta de un modo admirable y verdadero, fuego que arde, pero no consume las victimas, como la zarza de Moisés que ardía sin consumirse.

3ª *Dios es Padre* y no puede castigar con un infierno eterno. *Respondemos:* Dios es Padre misericordioso, pero también es justo, y si uno no quiere cuentas con Dios y conculca su ley, Dios no es culpable de su perdición. Si uno cierra la ventana de su habitación para que no entre en ella el sol, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre? "Dios no quiere la muerte del pecador" y está deseando que nos acojamos a su misericordia, pero si el pecador rechaza la misericordia de Dios, él es el culpable de su condenación.

La razón natural nos persuade la existencia del infierno. Es cierto que Dios es bueno, pero, como hemos dicho, también es justo. Esto quiere decir

que premia a los buenos y castiga a los malos. Si no existiera el infierno, el vicio que tanto reprueba Dios y la virtud que tanto alaba, venían a tener el mismo resultado, y eso no es justo.¿Estaría bien que un Nerón y un San Luis Gonzaga y tantas almas penitentes y santas, recibieran el mismo premio? ¿Quién conoce leyes sin sanciones? ¿Donde hay un buen legislador que no castigue al que quebranta una ley? Dios ya nos tiene advertidos que el cumplimiento de sus santos Mandamientos tienen como premio el cielo o vida eterna (Mt.19,17) y el que no lo cumpla y los rechace, su castigo es el infierno. El pues nos lo tiene advertido a todos. Obremos en consecuencia.

El Catecismo Romano nos describe así el infierno:

"Es una cárcel tristísima y oscurísima donde las almas de los condenados serán atormentadas con los espíritus sin mundos con fuego que durará siempre y no se apagará jamás". Este es el castigo que la justicia divina ha destinado para los que mueren en pecado mortal.

Para decir que existe el infierno bastan las palabras de Jesucristo anteriormente dichas, pudiendo añadir para terminar, que también los filósofos, los historiadores y los poetas paganos, como Platón, Hesíodo, Homero, Virgilio, en sus obras hablan del infierno como de un lugar de tormentos para los malvados. Todos los pueblos antiguos y modernos,

civilizados y bárbaros, de cualquier religión y de cualquier lugar de la tierra, han creído y creen en el infierno con sus enormes penas.

Todos hemos de ir a la eternidad

"Todos vamos peregrinando por esta vida. Algunos corren a cien por hora, reloj en mano, para llegar a tiempo y poder hacer un pingüe negocio, agarrar la fortuna por las guedejas, alcanzar más poderío e influencia, cosechar mayores aplausos, batir el récord de la popularidad y de la fama. Pero propiamente ¿a donde vamos? Lo saben los que corren, los que "triunfan", los que "se imponen", los que "mandan", los que se afanan y sudan para hacerse su propio pedestal? El "Predicador" del Antiguo Testamento señala con frase lapidaria el punto de destino de todos nosotros: *"El hombre ha de ir a la casa de su eternidad"* (Ecl.12,5) (Koch-Sancho).

Más notemos que no hay una sola eternidad, sino dos: la eternidad feliz, la del premio, y la desventurada, que es la del castigo. ¿Cuál escogemos? Estamos a tiempo. La eternidad desventurada es la del infierno, y en él existen dos penas eternas: la *de sentido,* o sea, sufrimientos físicos, fuego activo que atormenta y penetra a todos los sentidos de una manera tan terrible que, bien lejos de consumir a los

condenados, los conserva para hacerlos padecer más... Existe también la *pena de daño*, o sea, la privación de ver a Dios, un apartamiento de Dios para siempre: *"Apartaos de mi, malditos, al fuego eterno"* quitaos de delante de mis ojos...

Si el rey David, después de haber perdido la gracia por su pecado, fue apoderado de un dolor tan vivo que lloraba día y noche, cuál será la consternación de un condenado cuando vea que ha perdido para siempre a su Dios, la fuente de todo bien, y que los demonios, para insultarle, le dicen: ¿Dónde está tu Dios? *Ubi est Deus tuus?* Tu has sido creado para gozar eternamente de la presencia de Dios; ¿que ha venido a ser este Dios que debía ser tu felicidad? Tú le has perdido para siempre... ¡Jamás lo verás! ¡Jamás lo poseerás!..."Esos (los que no conocen a Dios ni obedecen el Evangelio) *serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder"* (2 Tes.1,9)... *Apartaos de mi...* (Mt.25,41); *"No os conozco"* (Mt.25,12); *¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios?* (1 Cor.6,9)...

El infierno es *ausencia de amor,* pues si hubiera amor no habría infierno, porque Dios nos ha creado para amarle...; y es *ausencia de tiempo,* no son años los que va a estar en él el condenado..., es siempre...

San Antonio María Claret, cuando no tenía más que cinco años, ya le preocupaba, hasta le obsesio-

naba, el problema de la eternidad. Su madre le oía repetir estas palabras: "¡Eternidad! ¡eternidad!... ¡Siempre, siempre!... ¡Jamás, jamás!". Y luego también: "Y aquello ¿no acabará nunca? ¿Siempre habrá que padecer?...". Semejante a este pensamiento era el de Santa Teresa de Jesús y de otros muchos santos. Esta Santa decía: "Ni temo mal que no dura. Ni quiero bien que se acaba".

Medita un poco sobre estos pensamientos

- *Biblia. Eclo, 18,8:* "El número de los días del hombre, cuando mucho, es de cien años; que vienen a ser como una gota de las aguas del mar, y como un granito de arena, ¡tan cortos son estos años comparados con el día de la eternidad!.

- *San Gregorio Magno:* "Si buscamos bienes, amemos los que poseeremos sin fin. Si tememos los males, temamos aquellos que los réprobos padecen sin fin".

Usa las cosas temporales, desea las eternas; aprovecha las cosas temporales por el camino, anhela las eternas para cuando llegues al término"...

- *San Agustín:* "¿Años eternos? ¡Qué alta meditación! Tal meditación pide un silencio grande. Debe estar lejos de todo estrépito exterior, de todo tumulto de las cosas humanas el que quiera meditar en esos años eternos"... "Pesa mil años frente a la

eternidad; ¿qué supone todo lo finito frente a lo infinito? Diez mil años, decenas de centenares de miles, y miles de miles, todo cuanto tiene fin no puede compararse con la eternidad"... "Por mucho que padezca alguien en esta vida, en comparación con el fuego eterno será no sólo poco, sino nada".

- *San Jerónimo:* "En el infierno no hay penitencia -no hay arrepentimiento ni enmienda- ni se puede recurrir a las virtudes". (Sólo en esta vida se puede merecer).

"Siendo católicos nos bastaría saber que Dios es justo para no necesitar más raciocinios sobre el infierno". La gravedad del pecado es infinito en cierto modo, por ser ofensa inferida a un Dios infinito, y el hombre debe, pues, sufrir un castigo proporcionado. "La culpa grave a la que sigue la impenitencia final, tiene en sí razón de desviación perpetua, esto es, de Dios, y procede de la voluntad, que querría deleitarse en el pecado perpetuamente". El deleite pasa, pero la desviación perpetua subsiste por la adhesión permanente de la voluntad al mal; por esto Dios castiga para siempre, sin cambio posible de sentencia.

"Táchese cuanto se quiera de duro y cruel el dogma sobre la eternidad de las penas, dígase que no puede conciliarse con la misericordia divina tan tremendo castigo, nosotros respondemos que tampoco puede componerse con la divina Justicia ni con

el buen orden del universo la falta de este castigo" (Balmes).

Nueva reflexión sobre la eternidad

¿Cuánto tiempo estarán los condenados en aquellos tormentos del infierno? ¿Cien años, mil años? - Pero ¡qué digo años! ¿Entonces siglos?- pero ¡qué siglos! ¿Hasta cuando entonces? Para siempre.

La eternidad es una duración sin principio, ni fin ni sucesión ni mutación... Es atributo exclusivo de Dios. Hay que distinguirla de la *eviternidad,* propia de los ángeles y de las almas racionales, que tuvieron principio, pero que no tendrán fin.

En la puerta del infierno está escrito: "¡Los que aquí entráis, dejad toda esperanza!". Esto es lo que dice Dante en el canto tercero de la "Divina Comedia". Sus palabras son éstas: "Por mi se va a la ciudad del llanto; por mi se va al eterno dolor; por mi se va hacia la raza condenada: la justicia animó a mis sublime arquitecto; me hizo la Divina Potestad, la Suprema Sabiduría y el primer Amor. Antes de mi no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo duro eternamente. ¡Oh vosotros los que entráis, abandonad toda esperanza!...

"Allí, bajo un cielo sin estrellas, resonaban suspiros, quejas y gemidos profundos, de suerte que apenas hube dado un paso, me puse a llorar.

Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor..." Estos eran los gritos de los condenados...

En esta vida hay cárceles y otros lugares de horribles sufrimientos, pero todo es temporal con relación a la cárcel del infierno que es eterna. Veamos dos ejemplos, figuras pálidas, si los comparamos con las penas que se sufren en el infierno.

1) *El Hermano Romualdo,* Marista, probó por espacio de casi tres años *las cárceles rojas de España.* "Estamos -refiere- en una capilla transformada en cárcel. Donde apenas caben 300 personas somos 600 detenidos; casi sin aire ni luz. Nos devoran los parásitos y el calor es asfixiante; sin ropa para cambiar, sin agua para lavarnos en más de dos meses... Lo más sensible es que cada día han de sacar uno a uno varios cadáveres, que sustituyen luego por otros detenidos".

Al concluirse la guerra, el Hermano recuperó la libertad: pero murió a los pocos meses, de los sufrimientos padecidos en las cárceles.

2) En *Oswiecim (Auschwitz)* murieron más de cinco millones de condenados en medio de atroces torturas. Los crematorios, "científicamente" organizados, humeaban día y noche, y una comisión especial estaba encargada de aumentar su rendimiento. Cada año marcaba un progreso en los métodos de exterminio.

Todos los que entraban en este tétrico recinto

perdían a la entrada toda esperanza humana... A los turistas curiosos el guía de Oswiecim muestra siempre el "Barracón de la Muerte", donde millares de víctimas agonizaron en medio de indecibles torturas.

En los subterráneos se encuentran los horribles "calabozos del hambre". Son celdas húmedas y tétricas, la mayor parte sin ninguna luz... A veces durante la noche, resonaban en este lugar de espanto aullidos de fieras, los condenados a morir de hambre no parecían seres humanos y causaban miedo incluso a los mismos carceleros. *(I. Winowska).*

Terribles fueron los sufrimientos de los condenados en los calabozos descritos; pero los verdaderos cristianos deben estar preparados siempre para persecuciones semejantes, y entonces tener presente este dicho de Jesucristo: *"No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no pueden matarla; temed más bien a Aquel que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno"* (Mt. 10,28).

Hay siempre una gran diferencia entre los condenados a las cárceles de este mundo, y los condenados a la cárcel del infierno. San Gregorio Magno nos lo dice así: "A los condenados al infierno, les espera la muerte sin muerte, un fin sin fin, un perecer sin perecer, porque la muerte vive, el fin siempre empieza, el perecer no sabe perecer".

No es fácil concebir la idea de la eternidad. ¡Espantosa palabra! Cuando hayan pasado tantos millones de años y de siglos como estrellas hay en los cielos, y gotas de agua en el océano, los tormentos del infierno, como si entonces comenzaran....

San Juan de Avila, queriendo convertir a una pecadora escandalosa, le dijo: "Id a casa, cerraos en una habitación, y allá pensad en el infierno, repitiendo estas palabras: "¡Siempre! ¡Jamás!"; pero hacedlo seriamente. La mujer hizo como se lo dijo aquel santo y cambió de vida. (De este tema de la cternidad, ya hablo más en mis libros: *"Misiones Populares"* y en *"Vamos de camino"*.

Habiendo *creado Dios al hombre para la inmortalidad* (Sab. 2,23), son locos los que no piensan en el más allá de la muerte, pues todos los negocios temporales sin miras a lo eterno carecen de sentido, y esto es lo que vino a decir *Bukarin*, el gran doctor del bolchevismo y autor del *"ABC del comunismo"* a un amigo expulsado de Rusia por sus ideas antimarxistas, pues él desesperado le dijo: "Diles allá a los de Europa, que se den prisa para encontrarnos la inmortalidad, pues si hemos de morir un día, todo lo que hacemos carece de sentido".

La suerte de los marxistas es ciertamente muy triste y cuanto hacen carece de sentido, porque para ellos no hay más vida que esta vida terrena y caduca que pasa enseguida. Como decía San Agustín:

"no es vida la vida, si no es bienaventurada. Y la vida bienaventurada no puede ser sino la eterna".

Es palabra de Dios que no todo termina con la muerte. El hombre que tiene alma espiritual e inmortal "irá a la casa de su eternidad" (Eclo. 12,5).

Hay otro mundo para nivelar las injusticias de esta tierra y hacer justicia. *"Al justo y al impío juzgará el Señor"* (Ecl. 3,17).

Ejemplos gráficos que nos hablan de la existencia del infierno

Son muchos los ejemplos que yo podría aducir sobre la existencia del infierno; pero aduzco solamente tres, ya que me merecen crédito, por haber sido presenciados por muchos testigos en el proceso de beatificación de algunos santos (y que tengo citados en mi libro: *"Misiones Populares")*.

1) *El del Padre Baldinucci,* italiano, del que se refiere en el proceso de su beatificación que predicando en la diócesis de Veletri (Italia), en una plaza pública en primavera, llena de árboles frondosos, dejó de hablar... y hecho gran silencio, dijo: "Lo mismo que en el otoño el vendaval arroja las hojas de los árboles al suelo, así he visto yo caer innumerables almas en el infierno". Y al momento todas las hojas verdes de aquellos árboles cayeron al suelo y causó gran impresión, siendo todos testigos.

2) *Otro ejemplo comprobado* en el proceso de beatificación de San Francisco Jerónimo. Este tuvo lugar en Nápoles donde una mujer, llamada Catalina, murió repentinamente en presencia de una multitud a la que impedía que acudiesen a la Misión que estaba dando. Entonces el Padre (que murió el 11 de mayo de 1716) acercándose al cadáver de la mujer, dijo: "Catalina, ¿dónde estás?". Y ella, abriendo los ojos desencajados, respondió con un grito espantoso: "En el infierno".

3) *El Obispo de Ventimiglia* (Italia) en sus ejercicios repetía el caso de un joven que para lograr satisfacer sus pasiones, engañó a una joven diciéndole que él había estudiado mucho y que no había infierno... y pecó, y al bajar la escalera de la casa cayó instantáneamente muerto. Poco después se le apareció a la joven y dijo: "Te decía que no había infierno, y vengo a decirte de parte de Dios que existe y yo estoy en él para siempre"...

No harían falta ejemplos como éste para saber que el infierno existe, pues basta la revelación divina hecha por Jesucristo.

La visión del infierno

Voy a referir brevemente la visión que tuvieron sobre el infierno los pastorcitos de Fátima y Santa Teresa de Jesús:

1) *Los pastorcitos de Fátima:* El 19 de agosto de 1917, en Cova de Iria, la Aparición, la Virgen Santísima, dijo a los pastorcitos: "Rezad, rezad mucho, pues van muchas almas al infierno por no haber quien se sacrifique por ellas".

Lucía, Jacinta y Francisco nos han hablado de esta visión diciendo: "Nuestra Señora, nos mostró un gran mar de fuego, que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en este fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, como forma humana, que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas..., entre gritos y gemidos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor...".

"Esta visión duró un momento; y gracias a que nuestra buena Madre del Cielo, nos había prevenido con la promesa de llevarnos al cielo (en la primera aparición); si no hubiera sido así, creo que hubiéramos muerto de susto y pavor. Enseguida levantamos los ojos a Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza: "Vistéis el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo, la devoción a mi Inmaculado Corazón".

A Jacinta, según leemos en su vida, la visión del infierno le había horrorizado de tal manera, que todas las penitencias y mortificaciones le parecían nada, para conseguir librar de allí a algunas almas...

Con frecuencia, se sentaba en el suelo o en alguna piedra y pensativa, comenzaba a decir: "¡Oh infierno, oh infierno!, ¡qué pena tengo de las almas que van al infierno! Y las personas, están allí vivas y arden, como la leña en el fuego"; y medio temblando se arrodillaba, las manos juntas, para rezar la oración que nuestra Señora nos había enseñado: ¡Oh Jesús mío!, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, principalmemnte las más necesitadas".

2) *Santa Teresa de Jesús.* "Estando un día en oración, me hallé en un punto toda sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios me tenían allí aparejado, y yo merecido por mis pecados...

Sentí un fuego en el alma que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es, los dolores corporales tan incomportables que con haberlos pasado en esta vida gravísimos, y (según dicen los médicos) los mayores que se pueden acá pasar... no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sinfín, y sin jamás cesar...

El caso es que no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquél desesperamiento sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quien me los daba, mas sentíame quemar y desmenuzar (a lo que me parece) y digo, que aquel fuego y desesperación

interior es lo peor. Estando en tal pestilencial lugar tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse, ni echarse... todo ahoga; no hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas" (Vida, 32, 1-2).

Estemos prevenidos contra el demonio

Lo mismo que aparecen en nuestros días muchos que se atreven a negar la existencia del infierno, también los que hay que niegan la existencia del demonio más todos deben saber, y sobre todo los obradores del mal, los que se ríen de esta verdad dogmática, que el demonio existe, que es un ser personal, al que la Biblia designa con el nombre de "Satán" y "Satanás" (en hebreo "adversario") y con el de "Diablo" (en griego "calumniador"), y de su existencia nos habla Jesucristo. En su Evangelio aparecen trece curaciones de endemoniados... y se confiere a los apóstoles el poder de expulsar demonios.

El demonio es verdadero seductor de las gentes, el enemigo que está sembrando el mal (Mt. 13,26), "el apóstata que seduce y desvía la mente de los hombres para que estos quebrantaren los mandamientos de Dios" (S. Ireneo) y sean privados de la gloria que él perdió y así sean arrastrados al infierno, el *"que fue preparado para él y sus secuaces"* (Mt.25,41).

"Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo" (Sab. 2,24). El diablo se valió de la serpiente para engañar nuestros primeros padres, él es mentiroso y el padre de la mentira (Jn. 8,44). El es el adversario del género humano, el autor de los crímenes... Y como dijo Pío XII "es el enemigo oculto y que trabaja ocultamente... e instigador de todo mal..."

Pablo VI dijo que "el demonio es el enemigo número uno, es el tentador por excelencia. Sabemos también que este ser oscuro y pertubador existe de verdad, y que con alevosa astucia actúa todavía; es el enemigo oculto que siembra errores e infortunios en la historia humana...". Y refiriéndose un día a la situación de la Iglesia, afirmó tener la sensación de que "a través de alguna grieta ha entrado el humo de Satanás en el templo de Dios.".

Hay muchas revelaciones privadas que afirman que la causa de tantos males que padecemos es la influencia del poder de las tinieblas, o sea, del demonio. "Los jefes, los guías del pueblo de Dios han descuidado la oración y la penitencia, y el demonio ha oscurecido sus inteligencias".

En un mensaje de Lucía de Fátima transmitido al Padre Agustín Fuentes, postulador de la causa de beatificación de Francisco y de Jacinta (los otros dos niños de Fátima), se lee: "Padre, decid que el demonio emprende la batalla decisiva contra la

Señora, porque lo que aflije el Corazón Inmaculado de María y el de Jesús es la caída de las almas religiosas y sacerdotales".

El demonio sabe que los religiosos y sacerdotes faltando a su hermosa vocación, arrastran numerosas almas al infierno, y es ahora precisamente el momento de detener el castigo del cielo con la oración y el sacrificio.

El demonio hace todo lo que puede para distraernos y quitarnos el gusto de la oración... El demonio quiere ampararse en las almas consagradas; y trata de corromperlas para adormecer a las otras en la impenitencia final. Él emplea todas las astucias, llegando hasta impedir el ingreso en la vida religiosa... La Señora ha dicho expresamente. "Estamos al borde de los últimos tiempos"...

Los demonios están llenos de odio y envidia contra las almas justas. El demonio tentó a Jesús en el desierto y a nuestros primeros padres en el paraíso y sigue tentando a los santos y sembrando el mal, y hasta "se transforma en ángel de luz para seducir" (2 Cor. 11,14). Estemos prevenidos. San Pedro nos dice: "Resistid al demonio, firmes en la fe" (1 Ped. 5,9), en la fe o creencia en el Evangelio pues *El anda como león rugiente buscando a quien devorar...* ¿Quién es el que le vence y le derrota? El que está vigilante, el que huye de las ocasiones de pecado, el que ruega, el que desconfía de sí mismo y se

mortifica. *"Resistid al demonio y huirá lejos de vosotros"* (Sant. 4,7).

Las puertas del infierno

Las puertas del infierno son todos los vicios con los que se condenan la mayor parte de los pecadores, especialmente la impureza, el odio y la injusticia.

A la pregunta: ¿Son muchos los que se condenan? Jesucristo contestó: *"El camino de la perdición es ancho y son muchos los que van por él..."*; el camino de la salvación es estrecho y son pocos los que lo siguen, y por eso debemos esforzarnos para entrar por él (Mt. 7,13).

Ancho y espacioso es ciertamente el camino del infierno, y camino ancho es la vida de los mundanos, que se dejan arrastrar de sus pasiones.

1) *La impureza* es un gran pecado que por él están en el infierno la casi totalidad de los condenados, según la expresión de San Alfonso María Ligorio y otros santos, y tan grande es este pecado que los Libros Santos lo llaman: "cosa detestable", "crimen abominable", "maldad grande"... *"No os engañéis,* dice el apóstol San Pablo, *ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros, poseerán el reino de Dios"* (2 Cor. 6, 9-10)... (Véase mi libro: "Joven, levántate", donde hablo de este vicio y modo de vencer las pasiones).

2) *El odio es origen de muchos vicios y pecados.*

El odio es lo contrario del amor... Todas las pasiones indómitas: ira, envidia, soberbia, avaricia, etc. pueden dar ocasión al odio. Caín dejó penetrar en su corazón el odio contra su hermano Abel, y lo mató. Y ¡a qué exceso no se vieron arrastrados por el odio los hermanos del inocente José! Primero quisieron matarle, luego le echaron en una cisterna y acabaron por venderle como un esclavo, llenando así de pesares y de dolor la venerable vejez de su padre, el patriarca Jacob.

El odio excita disputas, pleitos, ocasiona contiendas, efusión de sangre, e injusticias... Todo el que aborrece es homicida de su prójimo en su corazón... El ser más apartado deDios es Satanás, y Satanás no sabe amar, sino únicamente odiar... En el infierno sólo hay odio, y si pudiere reinar el amor no sería infierno. El odio, por tanto, lleva en sí el sello de la condenación eterna.

3) *La injusticia fácilmente* se comete, porque el hombre movido por la pasión de enriquecerse, no escatima los medios, aun los injustos, y unas veces es por el robo y la rapiña, otras por el engaño en el comercio, en los contratos, en el peso y la medida, por la adulteración de la mercancía, por hacer de falso testigo, por fallos injustos, por no pagar deudas...

Y *difícilmente* se perdona, porque con dificultad se quiere reconocer... y el diablo los induce a no

declarar por vergüenza en confesión sus robos e injusticias. No basta detestar el pecado, hay que restituir si se puede. Como dice San Agustín: "No se perdonará el pecado, si no se restituye lo robado".

Restituye, pues, y si no puedes, al menos da parte; usa de economías, retrae algo de las comodidades, si las riquezas fueran injustamente adquiridas. *"Ni los ladrones..., ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios"* (1 Cor. 6,10).

La cosa clama al dueño..., clama a Dios..., clama venganza... Restituye: Antepón a sus pretextos la salvación de tu alma. Sigue el ejemplo de Zaqueo: *"Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si a alguien he defraudado en algo le devuelvo el cuádruplo"* (Lc. 19,8).

El camino del infierno, además de la impureza, del odio y de la injusticia, es la comunión sacrílega, la blasfemia..., el descuido de la oración...

Los que caminan cargados de pecados y sin arrepentimiento, ellos mismos se arrojan en el infierno..., y si vais por este camino, os diré con San Juan Crisóstomo: "¡Atrás, por caridad! Escuchad lo que dice el Señor. ¿Quién de vosotros podrá habitar en aquel fuego devorador? ¿Quién habitará entre los ardores sempiternos?" (Is. 33,14). Pensadlo bien y resolveos a cambiar de vida.

Hablemos del infierno

Quiero terminar este breve trabajo diciendo: No echemos en olvido esta verdad tan saludable del infierno:

1º *Porque Jesucristo nos habla de él* con frecuencia en su Evangelio, y eso lo hace no para asustarnos, sino para ponernos en guardia y salvarnos. Ama a los pecadores y quiere traerlos al buen camino mientras todavía hay tiempo.

2º *Porque la Iglesia,* fundada por Jesucristo, nos recuerda este dogma contenido en la Biblia, enseñado por los Santos Padres y declarado claramente por su magisterio infalible. Este magisterio expresamente (citaré sólo dos documentos) nos dice:

- "Y los que obraron bien irán a la vida eterna, y los que mal, al fuego eterno" *(Símbolo Atanasiano.* (DZ.40).

- "*Definimos*, además, que, según la común ordenación de Dios, las almas de los que mueren en pecado mortal, inmediatamente después de la muerte, bajan al infierno, donde son atormentadas con suplicios infernales" *(Benedicto XII* en su constitución dogmática *Benedictus Deus* . DZ.531).

3º *Porque Santa Teresa de Jesús* nos advierte que no sólo los pecadores o los imperfectos debemos pensar seriamente en el infierno, sino que, incluso los grandes santos deben pensar en estas verdades

para poder resistir las tentaciones y no cometer pecados. He aquí sus palabras:

"Hay veces que es menester librarse de ofender a Dios (incluso estos que ya tienen su voluntad tan unida con la de Dios, que por no cometer una imperfección se dejarían atormentar y pasarían mil muertes), que para no cometer pecados según se verán de combatidos con tentaciones y persecuciones, que les será menester aprovecharse de las primeras armas de la oración, y tornen a pensar que todo se acaba, y que hay cielo e infierno" (Vida. 15,12).

4° *Porque los Papas desean* que hablemos, prediquemos y meditemos sobre el infierno. *Pío XI* inculcó la necesidad de los Ejercicios Espirituales para curar con la meditación de las verdades eternas la enfermedad gravísima de la edad moderna... *Pablo VI* dijo que "de los Novísimos hablaban pocos y poco", y era necesario hablar y meditar sobre ellos.

Pío XII en su exhortación a los párrocos y predicadores de Roma en la Cuaresta de 1949 pronunció las siguientes palabras: "No hay, pues, tiempo que perder en contrarrestar con todas las fuerzas este resbalar de nuestras propias filas en la irreligiosidad y para despertar el espíritu de oración y de penitencia". La predicación de las primeras verdades de la fe y de los fines últimos no sólo no ha perdido su oportunidad en nuestros tiempos, sino que ha veni-

do a ser más necesaria y urgente que nunca, *incluso la predicación del infierno.*

Sin duda alguna hay que tratar este asunto con dignidad y sabiduría. Pero, en cuanto a la sustancia misma de esa verdad, la Iglesia tiene, ante Dios y ante los hombres, el sagrado deber de anunciarla, *de enseñarla sin ninguna atenuación, como Cristo la ha enseñado*, y no existe ninguna condición de tiempos que pueda hacer disminuir el rigor de este obligación.

Esto obliga en conciencia a todo sacerdote a quien, en el ministerio ordinario o extraordinario, se ha confiado el cuidado de amaestrar, avisar y guiar a los fieles. Es verdad que el deseo del cielo es un motivo en sí mismo más perfecto que el temor de la pena eterna; pero de eso no se sigue que sea también para todos los hombres el motivo más eficaz para tenerlos lejos del pecado y convertirlos a Dios".

Hemos concluído, y el final de todo, como termina diciendo el Eclesiastés es éste: *"Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el hombre todo"* 2 (Ecle. 12,8 y 13), es decir, a esto reduce sù existencia, este es el fin para que ha sido creado, para que tema a Dios, para que se aparte del pecado y siguiendo por la senda de sus mandamientos, se salve.

Temed al Señor y dadle honor porque se acerca la hora de su juicio (Apoc. 14,7).

NOTA DEL EDITOR

Estimado amigo: graba bien en tu memoria esta expresión: "Es una gran locura no creer en Dios; pero aun lo es mucho mayor creer en El y no temerle".

Muchas veces me he preguntado, ¿cuál será el motivo por el que van más almas al infierno? ¿Será la falta de fe o será la falta de reflexión?

Me parece imposible que dado lo terrible del infierno alguien pueda pecar creyendo en él; pero si pienso cómo puede alguien no creer en él, me parece igual de imposible.

Yo pienso que dadas las pruebas tan convincentes como tenemos en la naturaleza sobre la existencia de Dios, único Ser capaz de crear el mundo con tanta perfección y de poder dar a tantas cosas la vida, nadie que lo piense seriamente puede decir que no hay Dios. Luego soy de opinión de que no existen ateos convencidos sinó únicamente ateos convencionales, que solamente son ateos por conveniencia, pero no por convicción que es cosa muy diferente.

Luego si existe tanto pecado en el mundo, desde luego no es por falta de fe.

- ¿Entonces por qué se peca?

¿Acaso es posible pecar creyendo en el infierno? ¿Cómo puede un hombre ser tan loco que creyendo en el infierno peque exponiéndose al peligro de poder caer en él? ¡Verdaderamente esto es una locura sin igual! ¡Y sin embargo el que peca cree en el infierno!

Pues tantos pecados como vemos que se cometen, ¿acaso es que el mundo está lleno de locos?

Como que no se peca por falta de fe, pues la mayor parte de los pecadores aseguran creer en Dios, y si algunos se confiesan ateos dudamos que nos digan verdad y más bien creemos que solamente son ateos convencionales. Esto nos asegura que sobre un noventa por ciento de los pecadores creen en Dios... ¿Pues como no le temen y se atreven a pecar? La razón es muy clara: ¡PORQUE NO PIENSAN!

Sí, este es el motivo y causa de tantos pecados: ¡QUE NO SE PIENSA!

"Piensa en las postrimerías *-nos dice el Espíritu Santo-* y nunca jamás pecarás"

¿Comprendes ya cual es el motivo de que existan en el mundo tantos pecados? Lo que ya dijo Jeremías: "La tierra entera está horrorosamente desolada porque no hay quien reflexione en su corazón".

Si se pensara en el infierno seguro que no se pecaría.

Pero el pecador no piensa en el infierno; lucha por apartarlo de su memoria para que no le enturbie el placer, y siempre peca con la esperanza de arrepentirse y confesarse después. ¡Oh que locura más funesta!

Nada hay que moleste tanto al demonio como los sermones sobre el infierno; por eso hoy triunfa tanto en el mundo porque nadie predica sobre el infierno.

Hoy se les ha metido en la cabeza a muchos curas que no es bueno hablar del infierno, ¡y no sospechan

que esto es un ardid del demonio para que las almas vayan al infierno!

No eran de este parecer los santos que gritaban: "Bajemos ahora con la consideración al infierno, para que no bajemos después de la muerte".

Si piensas en el infierno ganarás al menos estos grandes bienes: Todos los trabajos de esta vida te parecerán pequeños en comparación de los que se padecen en el infierno, y nunca te cansarás de dar gracias a Dios por haberte librado de ir a aquel lugar. No te cansarás nunca de hacer cuanto puedas por estorbar que las almas vayan a aquel terrible lugar y con esto agradarás muchísimo a Dios que derramó su sangre en la cruz por ese mismo fin.

Los bienes que se consiguen pensando en el infierno son infinitos y por eso has de hacer cuanto puedas por propagar por todas partes este librito.

No hay pensamiento que más almas haya librado de ir al infierno que el propio infierno, no lo olvides nunca.

Todos deseamos ser felices, no hay nadie que quiera ir al infierno, pues ¿por qué van tantos a tan desventurado lugar? Sencillamente porque no piensan. Si pensáramos en el infierno es seguro que no pecaríamos. ¿Comprendes ahora por qué pedí a D. Benjamín que escribiera este libro?

INDICE

Somos peregrinos y viajeros sobre la Tierra 5
¿Cuál es el término de nuestro viaje? 6
¿Por qué hablar del infierno? 9
¿Existe el Infierno? 11
Todos hemos de ir a la eternidad 16
Medita un poco sobre estos pensamientos 18
Nueva reflexión sobre la eternidad 20
Ejemplos gráficos que nos hablan de la existencia del infierno 24
La visión del infierno 25
Estemos prevenidos contra el demonio 28
Las puertas del infierno 31
Hablemos del infierno .34
Nota del editor 37